

Genealogía de la duda

Los proto-Kōans



Margarita Busqui y Shifu Cruz

Copyright © 2026 Margarita Busqui y Shifu Cruz

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación o transmitida de ninguna forma o por ningún medio, electrónico, mecánico, fotocopia, grabación, o de otro tipo, sin el permiso previo por escrito del editor.

ISBN: 979-8258-5775-73

Primera edición: Mayo de 2026

Este libro es una obra de no ficción creativa. Si bien se basa en registros históricos y enseñanzas budistas tradicionales Ch'an, ciertos diálogos y elementos narrativos se han adaptado para lograr mayor claridad e impacto literario.

Dedicatoria

A todos los seguidores del Camino,
a todos los buscadores de respuestas,
y a aquellos que, aún sin saberlo,
ya están en la senda del Despertar.

Agradecimientos

Al Camino, que me guía por los senderos adecuados de la vida,
que me ha enseñado el sentido profundo de la Confianza,
y que no me deja abandonar los cauces previstos.

A las personas que, sin proponérselo, me revelan las verdades,
y me impulsan a alcanzar objetivos
que yo mismo jamás había imaginado.

Sumario

Introducción.....	1
El primer espejo: El Zǔtángjí y el instante antes.....	3
1. Las tres negaciones.....	5
2. Tráeme tu mente.....	7
3. ¿Quién te ata?.....	9
4. La mente que no busca.....	11
5. El bárbaro del sur.....	13
6. No es el viento.....	15
7. Pulir la teja.....	17
8. La mente ordinaria.....	19
9. El pato salvaje.....	21
10. Wu.....	23
11. Lava tu cuenco.....	25
12. El ciprés en el patio.....	27
13. Cada día.....	29
14. El grito.....	31
15. El bastón.....	33
16. No busques.....	35
17. Bebe agua.....	37
18. Así.....	39
19. Ni mente ni Buda.....	41
20. Caminar es caminar.....	43
21. No sé.....	45
Introducción a la segunda proto-colección.....	47
22. Wu (versión del Jingde).....	49
23. Un día sin trabajar.....	51
24. El zorro salvaje.....	53
25. El gato.....	55
26. Palo de madera seco.....	58
27. Frío y calor.....	60
28. El ciprés en el patio (versión del Jingde).....	62
29. Los comentarios quemados.....	64
30. Mata al Buda.....	66

31. Cada día es buen día.....	68
32. El rostro original.....	70
33. Lo ordinario es el Camino.....	72
34. Lava tu cuenco (versión del Jingde).....	74
35. Una palabra.....	76
36. El monje muerto.....	78
Introducción a la tercera proto-colección.....	80
37. Tú eres.....	82
38. En la cocina.....	84
39. Aquí está.....	86
40. Ni sagrado ni profano.....	88
41. Tal cual.....	90
42. No busques el Camino.....	92
Introducción a la cuarta proto-colección.....	94
43. Sentado sin sentarse.....	96
44. ¿En qué estás pensando ahora?.....	98
45. Sin hacer nada especial.....	100
46. Ir sin ir.....	102
47. El sufrimiento es el Camino.....	104
Introducción a la quinta proto-colección.....	106
48. El puente de Zhaozhou.....	108
49. Hambriento come, cansado duerme.....	110
50. El verdadero ser humano sin rango.....	113
51. La mente ordinaria es el Camino.....	115
52. El espejo que nunca se ensucia.....	118
Introducción a la sexta proto-colección.....	120
53. La barrera de Wu.....	122
54. El mosquito y el caparazón de hierro.....	124
55. La lucidez fría.....	127
56. Un solo brazo.....	130
57. El barril que estalla.....	133
Balance del Volumen.....	135
Apéndices.....	137

Introducción

Las raíces salvajes: Antes del kōan formal

No siempre existió el Kōan como ejercicio espiritual. No siempre hubo barreras sin puerta, acantilados azules ni cien versos para ser memorizados. Hubo primero algo más elemental: el encuentro.

Durante los siglos VIII y IX, en los monasterios de la China Tang, los maestros Ch'an no enseñaban mediante «casos» numerados ni asignaban diálogos como tarea de meditación. Enseñaban en el acto: al cruzarse en el pasillo, al servir el arroz, al recibir una pregunta inesperada bajo el alero de un templo. Un monje preguntaba; el maestro respondía con una frase absurda, un silencio, un golpe, una paradoja. A veces el discípulo despertaba. Otras veces se retiraba confundido. Nadie anotaba el diálogo como «Kōan número siete». Nadie sabía aún que aquellas palabras serían, siglos después, el corazón de una práctica espiritual.

Lo que hoy llamamos Kōan nació de esa materia prima: los diálogos de encuentro (jīyuán 機緣) registrados en las crónicas genealógicas del Ch'an. Estas obras —conocidas como dēnglù (傳燈錄), «registros de la transmisión de la lámpara»— no fueron concebidas como manuales de iluminación. Eran memoria viva: intentos por preservar las líneas de transmisión, las biografías de patriarcas, los momentos en que el Dharma saltó de una mente a otra como una llama pasando de una vela a la siguiente.

Pero en esas páginas, entre sucesiones monásticas y poemas funerarios, se escondían chispas. Diálogos donde la lógica se quiebra. Respuestas que desvían la mente hacia lo inasible. Gestos que dicen más que mil Sutras. Esos fragmentos —aún sin pulir, sin comentario, sin función pedagógica explícita— son la savia de la que brotarían, en el siglo XII, las grandes colecciones formales: el Hekiganroku, el Mumonkan, el Shōyōroku.

Este volumen reúne las seis dēnglù fundamentales que preceden a esa cristalización. No son colecciones de Kōans —esa categoría aún no existía— sino bosques primarios donde los Kōans crecieron silvestres. Aquí encontrarás:

- El Zǔtángjí (952): la primera antología completa, cruda y heterogénea, redescubierta tras ocho siglos de olvido.
- El Jǐngdé Chuándēng Lù (1004): la versión imperial, pulida y legitimadora, que eclipsó a su predecesora.
- Las tres dēnglù Song posteriores (1036, 1101, 1183): expansiones sucesivas que acumulan diálogos como capas de sedimento.
- El Wǔdēng Huìyuán (1252): la síntesis definitiva que condensa cinco crónicas anteriores en un solo río narrativo.

Estas obras forman una genealogía textual. Cada una absorbe a la anterior, la edita, la domestica, le otorga coherencia doctrinal. El Zǔtángjí nos muestra a Zhaozhou diciendo «Wu» sin énfasis; el Jǐngdé Chuándēng Lù repite el diálogo pero con un tono más solemne; el Wǔdēng Huìyuán lo condensa aún más. Es posible rastrear, caso por caso, cómo un intercambio espontáneo se transforma gradualmente en Gōng'àn —«caso público»— listo para ser meditado.

Pero hay un precio en esa domesticación: la frescura del instante original. Por eso este volumen no aspira a ser un manual. Aspira a ser un viaje arqueológico al origen. A devolver al lector la experiencia de encontrar el Kōan antes de que fuera Kōan: desnudo, incómodo, sin garantías, sin mapa.

Aquí no hay barreras que traspasar. Solo encuentros que sucedieron. Y la pregunta silenciosa que cada uno deja tras de sí: ¿Qué ocurrió en ese instante entre maestro y discípulo?

El primer espejo: El Zǔtángjí y el instante antes

En el año 952, mientras el imperio chino se fragmentaba en reinos efímeros y el caos político sacudía las llanuras del este, dos monjes de la escuela Yunmen —Jingxiu y Wenyi— completaron en el remoto reino de Min una obra que nadie celebró, que ningún emperador patrocinó, que ningún historiador de la época mencionó: el Zǔtángjí, la Colección del Salón de los Patriarcas.

No era un libro ambicioso. No buscaba legitimar una escuela ante la corte ni establecer una ortodoxia. Solo pretendía recordar. Preservar, antes de que se desvanecieran en el rumor de los pasillos monásticos, las palabras de los maestros Tang: BodhiDharma mirando la pared, Huineng recibiendo el manto en secreto, Mazu negando lo que acababa de afirmar, Zhaozhou lavando su cuenco tras el desayuno.

Veinte volúmenes. Doscientos cincuenta y seis maestros. Miles de diálogos insertos en biografías sin numerar, sin titulación, sin comentario. Un monje pregunta: «¿Qué es Buda?». Yunmen responde: «Excremento seco». El texto continúa sin pausa, sin destacar la respuesta como extraordinaria. Para los compiladores, aquello no era un «caso». Era solo lo que había ocurrido.

Esa es la grandeza y la rareza del Zǔtángjí: es el único testimonio completo del Ch'an antes de su domesticación. Fue eclipsado apenas cincuenta años después por el Jǐngdé Chuándēng Lù (1004), una crónica patrocinada por la dinastía Song que reescribió la historia del Ch'an con fines políticos: suavizando los gestos irreverentes, eliminando las contradicciones incómodas, otorgando coherencia a lo que originalmente fue caótico y vivo. El Zǔtángjí desapareció de China. Se perdió durante ochocientos años.

Solo sobrevivió una copia manuscrita llevada a Corea en el siglo XI, custodiada en el templo Haeinsa entre planchas de madera del Tripitaka. Allí permaneció olvidada hasta 1909, cuando el erudito Kōsen Ichikawa la redescubrió entre polvo y telarañas. Su reintegración al canon Ch'an fue un terremoto silencioso: por primera vez los estudiosos pudieron contrastar las versiones «pulidas» de los Song con el testimonio más antiguo, más áspero, más fiel al espíritu irreverente de

los Tang.

¿Por qué leer hoy el Zǔtángjí?

Porque aquí los diálogos aún no son ejercicios. Porque Zhaozhou dice «Wu» sin saber que será el primer Kōan del Mumonkan. Porque Yunmen compara a Buda con «excremento seco» sin temor a la herejía. Porque Mazu grita, golpea, contradice —y nadie anota esas acciones como «método pedagógico».

Aquí el Ch'an es aún vida. No es técnica. No es sistema. Es el instante en que una pregunta quiebra la mente y una respuesta —absurda, silenciosa, brutal— señala hacia lo innombrable.

Este volumen extrae de los veinte juan (rollos o fascículos, unidades tradicionales de división textual china) del Zǔtángjí aquellos fragmentos donde esa tensión espiritual emerge con claridad: los jīyuán, los «encuentros oportunos». Los hemos dispuesto según las líneas de transmisión que el texto original preserva —BodhiDharma, Huike, Sengcan... hasta los grandes maestros Tang— no para crear una colección artificial de «protoKōans», sino para permitir al lector caminar por el mismo sendero que recorrieron los compiladores originales: el sendero de la memoria viva.

No encontrarás aquí explicaciones.

No encontrarás «el significado» de «Wu» ni del ciprés en el patio.

Solo el diálogo.

Solo el gesto.

Solo el silencio que lo sigue.

Porque antes de la barrera sin puerta, existió la pregunta sin respuesta. Y en ese espacio abierto —todavía no domesticado por la tradición— quizá resida aún la posibilidad de un Despertar que nadie ha nombrado.
Mayo de 2026

1. Las tres negaciones

Personajes

- BodhiDharma
- Emperador Wu de Liang

El caso

El emperador recibió al monje extranjero en palacio. Había construido templos por todo el reino, copiado Sutras en rollos de seda, ordenado miles de monjes. Su devoción era conocida en todo el imperio.

—Desde que ascendí al trono he construido templos, copiado Sutras y ordenado monjes en número incalculable —dijo el emperador—. ¿Qué mérito he acumulado?

BodhiDharma respondió sin titubear: —Ningún mérito.

El emperador frunció el ceño. —¿Por qué no hay mérito?

—Estas son pequeñas recompensas humanas y celestiales, causas con filtraciones —dijo BodhiDharma—. Como la sombra que sigue al cuerpo: aunque existe, no es real.

—¿Cuál es entonces el verdadero mérito? —preguntó el emperador, inquieto.

—Sabiduría pura, misterio perfecto; su esencia es vacía y silenciosa. Tal mérito no se busca en el mundo.

Hubo un silencio. El emperador respiró hondo y formuló la pregunta definitiva: —¿Cuál es el primer principio sagrado de la Verdad?

BodhiDharma miró al emperador sin parpadear. —Vasto vacío. Nada sagrado.

El emperador palideció. Buscó al menos un punto de apoyo, algo que nombrar, alguien ante quien inclinarse. —¿Quién es el que está ante mí?

BodhiDharma respondió: —No lo conozco.

Y el encuentro terminó.

Núcleo de tensión

El emperador construye desde lo visible: templos, textos, monjes.

BodhiDharma desmonta desde lo invisible:

- primero el mérito (lo que se acumula),

- luego lo sagrado (lo que se venera),
- por último la identidad (lo que se nombra).

Tres negaciones.

Tres escalones descendentes hacia un espacio sin suelo.

El emperador busca una respuesta que pueda poseer.

Recibe una ausencia que lo despoja.

No hay recompensa.

No hay santidad.

No hay quien responda.

Y en ese vacío —ni cómodo ni hostil—
queda solo la pregunta sin dueño.



2. Tráeme tu mente

Personajes

- BodhiDharma
- Huike (entonces llamado Shenguang)

El caso

BodhiDharma miraba la pared. Llevaba días en silencio, sin moverse, sin responder a quienes lo buscaban. En la cueva de Shaolin el viento soplaba frío y el monje Shenguang esperaba bajo la lluvia.

No pidió entrar. No llamó. Solo permaneció allí, mojado y temblando, hasta que BodhiDharma giró apenas la cabeza.

—¿Qué buscas? —preguntó sin mirarlo.

—Paz para mi mente —dijo Shenguang—. Mi mente no encuentra descanso. No puedo apaciguarla.

BodhiDharma volvió el rostro a la pared. —Tráeme tu mente —dijo—. Yo la apaciguaré.

Shenguang calló. Buscó dentro. Miró en cada rincón de sí mismo, en cada pensamiento, en cada sombra. Pasaron horas. La lluvia cesó. El sol se puso.

—Maestro —dijo al fin—. He buscado mi mente... pero no la encuentro.

BodhiDharma se volvió por completo y lo miró a los ojos. —Ya la he apaciguado.

Y en ese instante, Shenguang comprendió.

Núcleo de tensión

El discípulo busca algo que calmar: la mente inquieta. El maestro pide lo imposible: tráemela.

Pero al buscarla...

- no hay objeto que entregar,
- no hay cosa llamada "mente" que pueda ser mostrada,
- solo la búsqueda misma se desvanece.

La paz no llega porque la mente se calme.

Llega porque la mente que buscaba paz... nunca existió como entidad

separada.
No hay que apaciguar nada.
Solo ver que lo que parece inquietud
es ya quietud sin dueño.



3. ¿Quién te ata?

Personajes

- Huike (segundo patriarca)
- Sengcan (tercer patriarca, entonces un laico enfermo)

El caso

Sengcan llegó al monasterio con el cuerpo marcado. La enfermedad había dejado su huella en la piel; algunos decían que era karma antiguo, otros que era castigo divino. Se arrodilló ante Huike con la frente en el suelo.

—Maestro —dijo—, soy un hombre impuro. Mi cuerpo carga con el peso de acciones pasadas. Quiero ordenarme como monje, pero primero necesito purificarme. Libérame de este karma.

Huike no lo miró con lástima ni con rechazo. Lo observó como quien observa el agua quieta.

—¿Quién te ata? —preguntó.

Sengcan levantó la cabeza, confundido. —El karma, maestro. Las acciones de vidas anteriores. Esto que llevo en el cuerpo...

—No pregunto por el qué —dijo Huike—. Pregunto por el quién. ¿Quién es el que siente estar atado?

Sengcan calló. Miró dentro. Buscó al que sufría, al que cargaba, al que esperaba liberación. Buscó largo rato, en silencio, mientras el viento movía las cortinas del salón.

Al fin dijo: —Maestro... no encuentro a nadie que esté atado.

Huike asintió. —Entonces, ¿por qué buscas liberación?

En ese instante, la enfermedad no desapareció del cuerpo de Sengcan. Pero algo en su mirada cambió para siempre.

Núcleo de tensión

El discípulo parte de una certeza: estoy atado.

El maestro no niega el sufrimiento.

No niega la enfermedad.

Solo pregunta por el sujeto de la atadura.

Y al buscarlo...

- no hay quien sufra,
- no hay quien cargue,
- solo el sufrimiento mismo, sin dueño.

La liberación no llega porque las cadenas se rompan.

Llega porque quien creía estar encadenado
nunca existió como entidad separada.

No hay atadura.

No hay liberación.

Solo la pregunta que disuelve al que pregunta.



4. La mente que no busca

Personajes

- Daoxin (cuarto patriarca)
- Un monje desconocido

El caso

Un monje llegó al monasterio de Daoxin tras años de peregrinaje. Había estudiado Sutras, practicado meditación en montañas remotas, interrogado a maestros en cada templo que encontraba. Pero la inquietud persistía.

Se arrodilló ante Daoxin y dijo: —Maestro, he buscado el Camino por todas partes. He meditado hasta que los huesos me dolían, he memorizado textos hasta que las palabras perdieron sentido. Y aún no encuentro paz. ¿Cómo debo practicar?

Daoxin lo miró sin prisa. —¿Qué es lo que busca tu mente?

—La iluminación —respondió el monje—. El Despertar. El fin del sufrimiento.

—Y esa mente que busca... —dijo Daoxin—, ¿dónde está ahora mismo?

El monje calló. Miró dentro. Buscó la mente que anhelaba, la que sufría, la que preguntaba. La buscó como quien busca una moneda perdida en una habitación oscura.

Pasó un largo silencio.

—Maestro —dijo al fin—. No encuentro ninguna mente que busque.

Daoxin asintió con suavidad. —Cuando no hay mente que busque... ¿qué falta por realizar?

El monje abrió los ojos. No hubo relámpago. No hubo éxtasis. Solo un silencio que ya no necesitaba ser llenado.

Núcleo de tensión

El discípulo parte de una premisa invisible: hay una mente que debe encontrar algo.

El maestro no enseña un método nuevo.

No corrige la postura.

No asigna un Kōan.

Solo pregunta por la buscadora misma.

Y al no encontrarla...

- la búsqueda pierde su sujeto,
- el objeto buscado pierde su sentido,
- solo queda lo que siempre estuvo presente.

No hay que alcanzar la iluminación.

Solo ver que quien cree estar lejos de ella

nunca existió como entidad separada.

La práctica no es un camino hacia.

Es el descubrimiento de que nunca se partió de ningún lugar.



5. El bárbaro del sur

Personajes

- Hongren (quinto patriarca)
- Huineng (sexto patriarca, entonces un joven leñador analfabeto del sur)

El caso

Huineng llegó al monasterio de Dongshan con las manos ásperas y el acento marcado del sur. Era pobre, analfabeto, hijo de un desterrado. Los monjes lo miraron con desprecio: un bárbaro sin educación, sin Sutras memorizados, sin linaje noble.

Hongren lo vio desde el umbral del salón principal. Se acercó mientras Huineng se inclinaba torpemente.

—¿Qué vino a buscar el bárbaro del sur? —preguntó Hongren.

Huineng levantó la mirada sin temor. —Vine a buscar el Dharma. Vine a Despertar.

Hongren frunció el ceño, consciente de los ojos de los monjes sobre ellos. —Eres del sur. Tu gente es bárbara. Tu naturaleza es tosca. ¿Cómo pretendes ser discípulo del Buda?

Huineng no bajó la mirada. —Hay norte y sur en los cuerpos de las personas. Pero, maestro... ¿acaso la naturaleza de Buda tiene norte y sur?

Hongren calló. Miró al joven leñador y vio algo que los monjes educados no tenían. No dijo nada más en público. Le asignó trabajo en la cocina, lejos de las miradas. Pero esa noche, en secreto, fue a verlo.

Y desde entonces, algo cambió en el monasterio.

Núcleo de tensión

El maestro prueba con una pregunta que divide: norte/sur, culto/bárbaro, digno/indigno.

El discípulo no defiende su origen.

No pide permiso.

No se humilla.

Solo señala lo evidente y olvidado:

- la naturaleza de Buda no conoce fronteras,
- no distingue dialectos,
- no discrimina entre quien lee Sutras y quien corta leña.

La iluminación no es un privilegio de los educados.

Es lo que ya está presente

en quien aún no ha aprendido a ocultarla.



6. No es el viento

Personajes

- Huineng (sexto patriarca, aún joven)
- Dos monjes del monasterio de Guangzhou
- Un grupo de monjes reunidos bajo un toldo

El caso

En el monasterio de Guangzhou, una bandera colgaba del alero del salón de Dharma. El viento soplaba del este y la tela se agitaba con fuerza.

Dos monjes discutían junto a ella.

—Es el viento el que se mueve —decía uno—. Sin viento, la bandera estaría quieta.

—No —replicaba el otro—. Es la bandera la que se mueve. El viento es invisible; solo vemos el movimiento de la tela.

La discusión se prolongó. Otros monjes se acercaron, tomando partido. Unos por el viento, otros por la bandera. La mente se dividía entre dos objetos.

Huineng, que pasaba con un saco de arroz al hombro, se detuvo.

—No es el viento el que se mueve —dijo con calma—.

No es la bandera la que se mueve.

Es vuestra mente la que se mueve.

Los monjes callaron. Miraron la bandera. Miraron el viento. Miraron al joven leñador del sur.

Y por un instante, nada se movió.

Núcleo de tensión

Los monjes discuten sobre el objeto del movimiento:

- ¿el viento?
- ¿la bandera?

Ambos parten de la misma premisa invisible: algo se mueve fuera de mí.

Huineng no elige entre los dos.

No niega el viento.

No niega la bandera.

Señala el movimiento anterior a ambos:

- la mente que divide,
- la mente que compara,
- la mente que necesita nombrar para sentirse segura.

El viento sopla.

La bandera ondea.

Pero quien dice "esto se mueve"

es ya movimiento sin raíz.



7. Pulir la teja

Personajes

- Nanyue Huairang (discípulo de Huineng)
- Mazu Daoyi (joven monje, futuro gran maestro)

El caso

Mazu pasaba los días sentado en meditación. Horas enteras inmóvil bajo el árbol del patio, la espalda recta, la mirada fija en el vacío. Creía que así, con el cuerpo quieto y la mente concentrada, alcanzaría el Despertar. Se convertiría en Buda.

Nanyue lo observó varios días sin decir nada. Luego, una mañana, se sentó frente a él con una teja rota en la mano y una piedra lisa a su lado. Comenzó a frotar la teja contra la piedra. Una y otra vez. El chirrido áspero rompió el silencio del monasterio.

Mazu, molesto, abrió los ojos. —Maestro —dijo—, ¿qué haces?

—Hago un espejo —respondió Nanyue sin detenerse.

Mazu frunció el ceño. —¿Cómo vas a hacer un espejo puliendo una teja? Es imposible.

Nanyue dejó de frotar. Miró a Mazu con calma. —Y tú... ¿pretendes convertirte en Buda simplemente sentado en meditación?

Mazu calló. La pregunta lo atravesó sin violencia, como una brisa que entra por una ventana abierta.

Nanyue retomó el frotar. Chirrido. Silencio. Chirrido.

Al cabo de un rato, Mazu se levantó. No dijo nada. Pero nunca más volvió a meditar como antes.

Núcleo de tensión

El discípulo confía en un método: si me siento así, me convertiré en eso.

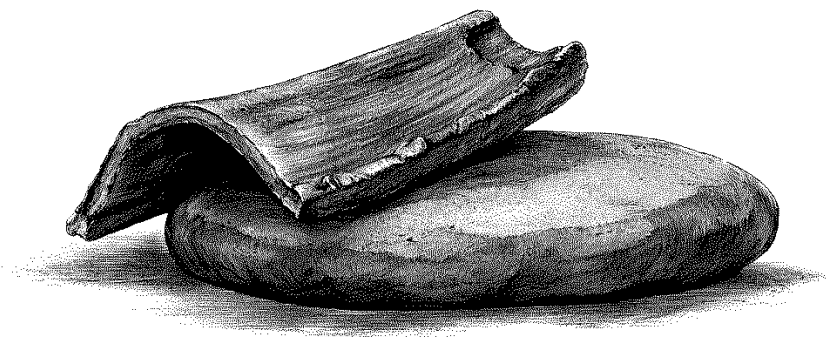
El maestro no critica la postura.

No niega la meditación.

Solo muestra la absurdidad del cálculo espiritual:

- pulir teja → espejo
- sentarse quieto → Buda

Ambos parten de la misma ilusión:
que el fruto puede fabricarse mediante una técnica.
Pero el Despertar no es el resultado de una causa.
Es lo que queda
cuando cae la creencia en que algo debe ser producido.



8. La mente ordinaria

Personajes

- Mazu Daoyi (maestro de la escuela Hongzhou)
- Un monje que busca el Camino

El caso

Un monje llegó al monasterio de Mazu tras años de práctica en montañas remotas. Había meditado hasta que el cuerpo le dolía, había estudiado Sutras hasta que las palabras se le clavaban en la mente como espinas. Pero el Camino seguía lejano.

Se arrodilló ante Mazu y preguntó: —Maestro, ¿qué debo hacer para encontrar el Camino?

Mazu lo miró sin solemnidad. Estaba sentado junto a la puerta del salón, observando a los monjes ir y venir con sus tareas cotidianas.

—El Camino no es algo que se encuentre —dijo Mazu.

—Entonces, ¿cómo debo practicar? —insistió el monje—. ¿Debo meditar? ¿Estudiar? ¿Guardar silencio?

Mazu señaló a un monje que barría el patio, a otro que llevaba agua, a una anciana que encendía incienso en el altar.

—¿Ves a estos? —preguntó—. No buscan el Camino. Caminan, barren, beben, duermen. Y el Camino ya está ahí.

El monje frunció el ceño. —Pero entonces... ¿qué es el Camino?

Mazu respondió con calma: —Tu mente ordinaria. No la mente que busca, no la mente que medita, no la mente que quiere Despertar. La mente que ahora mismo oye el viento, siente el peso del cuerpo, respira sin pensar en respirar. Esa mente... ya es el Camino.

El monje calló. Miró sus manos. Miró el suelo. Miró a Mazu.

Y por primera vez en años, dejó de buscar.

Núcleo de tensión

El discípulo parte de una creencia invisible: el Camino está lejos y debe ser alcanzado.

El maestro no ofrece un método nuevo.

No señala un estado superior.

No promete transformación.

Solo señala lo que ya está ocurriendo:

- caminar sin pensar en caminar,
- respirar sin observar la respiración,
- vivir sin preguntar por el sentido de vivir.

No hay que convertirse en Buda.

Solo reconocer que la mente que ahora mismo lee estas palabras ya es lo que busca.



9. El pato salvaje

Personajes

- Mazu Daoyi (maestro)
- Baizhang Huaihai (joven discípulo)

El caso

Mazu y su discípulo Baizhang caminaban por el sendero del monasterio al atardecer. El aire era fresco, los pájaros regresaban a sus nidos. De pronto, un pato salvaje cruzó el cielo volando hacia el oeste.

—¿Qué es eso? —preguntó Mazu sin detenerse.

—Un pato salvaje —respondió Baizhang.

—¿Adónde va? —preguntó Mazu.

—Vuela hacia el oeste —dijo Baizhang, mirando el ave desaparecer entre los árboles.

Mazu se detuvo. Sin previo aviso, agarró la nariz de Baizhang y tiró con fuerza. Baizhang gritó de dolor, las lágrimas brotaron de sus ojos.

—¡Ay! ¿Por qué haces eso, maestro?

Mazu lo soltó y lo miró fijamente. —¿Adónde fue ahora?

Baizhang calló. El dolor en la nariz, las lágrimas en las mejillas, el cielo aún claro... y la pregunta resonando sin respuesta.

En ese instante, algo se rompió dentro de él. No el pato. No el cielo. Algo más profundo.

Núcleo de tensión

El discípulo observa el mundo como objeto:

- un pato,
- un movimiento,
- una dirección (oeste).

El maestro no corrige la percepción.

No enseña filosofía.

Solo quiebra la continuidad de la atención con un gesto violento y absurdo.

Y luego pregunta:

- ¿adónde fue ahora?

No el pato.
No el ave que cruzó el cielo.
Sino lo que acaba de ocurrir: el dolor, el grito, las lágrimas.
¿Adónde fue ese instante?
¿Puede seguirse como se sigue a un pato?
El Despertar no es comprender algo.
Es ver que lo que parece pasar
nunca tuvo un lugar desde donde partir
ni un destino adonde llegar.



10. Wu

Personajes

- Zhaozhou Congshen (maestro de avanzada edad)
- Un monje desconocido

El caso

El monje se acercó a Zhaozhou con una pregunta que había estudiado en los Sutas. Sabía la respuesta correcta según la doctrina: todos los seres sintientes poseen naturaleza de Buda. Era una verdad fundamental del Mahāyāna. Pero quería escucharla de labios del viejo maestro.

—Maestro —preguntó—, ¿tienen naturaleza de Buda los perros?
Zhaozhou, sentado junto al umbral del salón, no dudó. No reflexionó. No consultó textos ni doctrina.

—Wu —dijo.

Solo eso.

El monje parpadeó. Esperó más. Pero Zhaozhou ya miraba el patio, como si la conversación hubiera terminado.

—¿Wu? —repitió el monje, incrédulo—. ¿Cómo puede ser? Los Sutas dicen claramente que todos los seres...

Zhaozhou no respondió. Ni siquiera lo miró. El monje insistió, formuló objeciones, citó autoridades. Zhaozhou permaneció en silencio, observando a un gato que cruzaba el camino de piedra.

Al fin, el monje se retiró confundido. La respuesta no tenía sentido. Contradecía la enseñanza. Hería la lógica.

Pero la palabra quedó ahí, seca y absoluta:

Wu.

Núcleo de tensión

La doctrina afirma: *todos los seres tienen naturaleza de Buda.*

El monje espera confirmación.

Zhaozhou responde: *Wu* —no, nada, ausencia.

No es una negación conceptual.

No es una corrección doctrinal.

Es un corte seco que quiebra la pregunta misma.

Porque la pregunta parte de una premisa invisible:

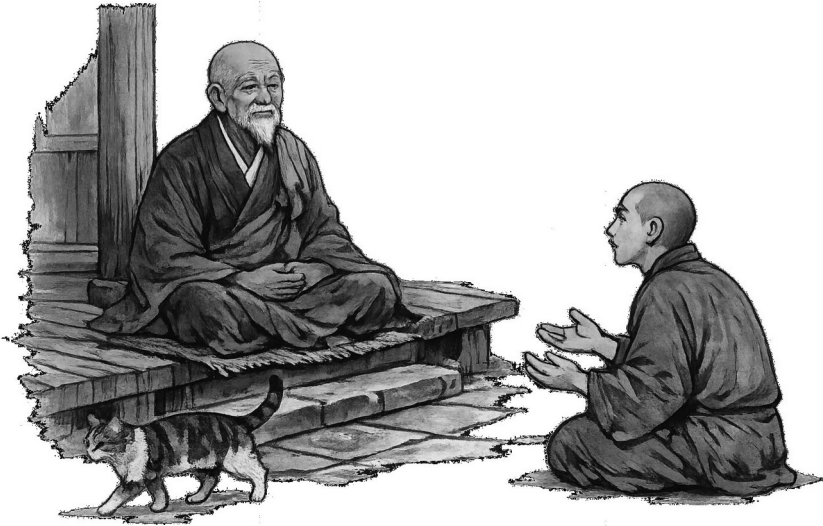
- que "naturaleza de Buda" es algo que *se tiene* o *no se tiene*,
- que existe un "perro" separado de esa naturaleza,
- que la respuesta puede ser sí o no.

Wu no responde dentro del marco.

Destruye el marco.

No dice qué es la naturaleza de Buda.

Dice que preguntar por ella como posesión
ya es perderla.



[Nota sobre este extracto]

Un vistazo a los orígenes

Lo que acabas de leer no es una colección ordinaria de kōans. No encontrarás aquí las versiones suavizadas y domesticadas que aparecieron siglos después en los manuales tradicionales.

Estas páginas son un fragmento de una excavación literaria y espiritual. Hemos viajado atrás en el tiempo, a una era anterior a que el Zen se consolidara como una institución rígida, buscando recuperar la voz cruda de los maestros de la Dinastía Tang. Estos no son diálogos escritos para ser resueltos como acertijos, sino para ser experimentados como encuentros brutales con la realidad.

Este extracto incluye:

- La introducción, que contextualiza la diferencia entre el *Zutang Ji* y las compilaciones imperiales posteriores.
- Los primeros proto-kōans, que abarcan desde el silencio de Bodhidharma hasta la negación radical de Zhaozhou.

Si estas líneas resuenan en ti, si has sensed esa «tensión nuclear» que describimos, te invitamos a continuar el viaje. El libro completo, *Genealogía de la duda*, reúne seis colecciones fundamentales y ofrece una visión panorámica de cómo surgió la duda fértil que caracterizó al Chan primitivo.